

CUADRO UNDÉCIMO

LA ORACIÓN

REVENTÓ un rayo con fragor horrendo,
Cruzó el espacio negro, serpeando,
Y los vestidos húmedos tocando
Del Español, su cuerpo estremeció.
Volvió á la vida : el huracán rugía,
Y la lóbrega noche le arrojaba,
Y todo aún en confusión estaba,
Menos su corazón, que era de Dios.

La tempestad, dejando las alturas,
Concéntrase en el lecho del torrente,
Que hinchado por la insólita creciente,
Bate la roca y la hace retemblar ;
Y ora sobre la rauda catarata,
Ora en las crespas ondas que se alejan,
Los frecuentes relámpagos reflejan
Su luz, reverberando sin cesar.

Hállase, al despertar, el caballero
Sobre la orilla del abismo hirviente,
Arrodíllase al borde del torrente,
Y así prorumpe, en éxtasi, después :
" Sabio eres, Dios, en permitir que el hombre
De su dolor el término columbre.
¿ Quién sufriera, si no, su pesadumbre,
Viendo este abismo provocar sus pies ?

" ¿ Quién, viéndose á la orilla de la Nada,
No salvara de un salto, en su despecho,
Este mezquino y envidiable trecho,
Diciendo al mundo un eternal adiós ?
Mas, qué es la muerte ? Un cambio ! El alma
Leyendo siempre su pasada historia, [queda
Y llevando tal vez en la memoria,
Con el recuerdo, el látigo de Dios ! . . .

" Soy inmortal, Pubenza ; y yo no puedo
Resolverme á perderte. Si muriera,
Tal vez tu forma mágica, hechicera,
Ay ! fuera á atormentar mi esclavitud. . . .
Á ti te llama Dios ; y ya que el mundo
Nos separa, mi bien, será preciso
Viajar, para buscarte, al paraíso,
Á donde sólo lleva la virtud.

" Dulce será, sin pena, sin deseo,
La medida colmar de mi esperanza,
Y contigo, en eterna bienandanza,
Ir en concierto celebrando á Dios ;
Y ver tus labios sonreír conmigo,
Y mi sér á tu sér por siempre aliado,
Por la verdad eterna iluminado,
Y uno en cuerpo y espíritu los dos ! . . .

" Ah ! yo estoy delirando ! . . . Me ha ex-
[traviado,
Sí, me ha extraviado el corazón impío. . . .
Satánica pasión ! . . . Perdón, Dios mío !
Sí, por piedad, perdona mi pecado ! . . .

Si iba á seguir de la virtud la huella,
No era por ti, Señor ; era por ella.

“ Y esta profanación es la que impide
Que se desprenda mi ánima del suelo,
Porque la gloria, el porvenir, el cielo,
Y cuanto existe, mi pasión lo mide
Por su imagen sacrílega y terrena,
Que á mi pesar el universo llena.

“ Haz, Señor, que la arranque de mi seno,
Y la destierre al fin de mi memoria,
Para servirte, y consultar tu gloria,
Libre de todo pensamiento ajeno
Á aquella santa inspiración divina
Que hacia Ti nos dirige y encamina !

Quiero borrar del alma la criatura
Para admirar al Criador bendito ;
Librarme del martirio del delito
Para hacerme capaz de tu hermosura,
Y en mi fe ciega, incontrastable, ardiente,
Nada sino á mi Dios tener presente.

“ Dios y Señor del mundo, á quien eché en olvido,
Por mi pasión adúltera vencido y arrastrado,
Ante tu Sér benéfico me postro y anonado,
É imploro por mis crímenes tu lástima y perdón.
Señor ! atiende al hombre proscrito y desvalido,
Sin deudo, hogar, ni patria, que en su aflicción se hu-
Doblado ante tu trono la trémula rodilla, [milla,
Y dándote, á Ti solo, su fe, su corazón.

“ Artífice dichoso, cuya infinita mano
Recoge entre su palma los orbes rutilantes,
Guardián á cuyo aliento se mueven, y constantes
Sus giros portentosos sin encontrarse dan !
Conservador del mundo, que al tímido gusano
Por entre el polvo mísero le trazas su camino,
Cual trazas entre el hórrido, inmenso torbellino,
Las infinitas órbitas por do los astros van !

“ Criador ! en cuya ciencia la eternidad futura
Existe, cual existe la eternidad pasada !
Principio fecundante, en cuyo seno náda
Lo que el futuro guarda con lo que ha sido ya !
Poder que de tu trono, radiante de hermosura,
La infinidad dominas con tu asombrosa mente !
Señor ! para quien sólo existe lo presente,
Porque en tu seno el tiempo recopilado está !

“ Es cierto ? No me engaño ? ¿ Tus ojos paternas
Escudriñar se dignan al ente desvalido,
Habitador del átomo que rueda confundido
Con miles de millones de mundos á tus pies ?
Es cierto ? No me engaño ? ¿ Alcanzan los umbrales
Del hombre tu mirada, tu excelso pensamiento,
Oh Dios ! que con quererlo, el ancho firmamento
Poblado de universos bajo tus plantas ves ? . . .

“ Ah ! sí ; que si es inmensa tu creación bendita,
Si innúmeros se mueven bajo tus pies los orbes,
En sus inertes masas tu actividad no absorbes ;
Lanzástelos, y siguen esclavos de tu ley ;

Mas diste al hombre el alma, do el pensamiento habita,
Sedienta de adelanto, de eternidad, de ciencia,
Y le dejaste libre para adorar tu esencia,
É hicístele con eso del Universo rey.

“Do quiera está tu Espíritu de caridad escrito,
Do quier sobre mi especie tu Inteligencia vela ;
Hasta el dolor la diste, que, eterno centinela,
Del vicio la escudase, probando su valor.
Sí ; la virtud es hija de tu dolor bendito !
Que, sin dolor, ni lucha ni libertad habría,
Y el hombre, como el árbol monótono, vería
Moverse indiferente el mundo en su redor.

“Mas tú, Señor benévolo, á su virtud le trazas
Entre tormento y luchas heroicas su camino ;
La pruebas, la confortas, y del Edén divino
Á su constancia ofreces el inefable don.
Y al justo y al perverso, con premios y amenazas,
Á amarse mutuamente, ó á respetarse, obligas,
Y mientras el bien del hombre á la justicia ligas,
Por norte á la justicia le das tu Religión,

“Tu Religión, que sólo de Ti venir podía ;
Que inspira al individuo el propio sacrificio,
Para que, por su ejemplo, avergonzado el vicio
Á su destino deje llegar la Humanidad. [más guía !
Fe ciega ! no hay más ciencia ! Martirio ! no hay
Que el uno por los muchos trabaje, sufra, muera,
Y que á unos pocos mártires la Humanidad entera
Les deba su progreso, su bien, su libertad.

“En tanto de la víctima la sociedad se olvida.
No hay premio para ella ; su mérito se ignora ;
Calumnia acaso al mártir la turba pecadora,
Mientras la sirve el mártir por el amor de Dios. . . .
Señor ! bendito seas ! Compláceme la vida !
Por Ti doblar quisiera mis penas y mi afrenta. . . .
Vosotros ¡ oh Filósofos ! si el mal os atormenta
Mirad que son deleites la angustia y el dolor !

“Señor ! que así en el mundo cultivas la justicia
Que la ventura humana bajo tu egida labra !
Tu código de gracia, tu imperio, tu palabra,
Extiende, oh Dios ! del orbe al último confín !
Y que á tu yugo leve la Caridad propicia
Con su paciencia y lágrimas someta la ancha tierra,
Y entre hombres y naciones acábese la guerra
Para que te ame próspera la Humanidad por fin.

“Eres activo, sabio, benévolo, fecundo ;
Tu amor no tiene límite, descanso ni mesura ;
El Universo vasto, la mísera criatura,
Lo inmenso y lo mezquino te debe el sér á Ti.
Quizá más ciencia y tiempo que en el inerte mundo
Gastaste en el insecto que imperceptible vive. . . .
Pues todo cuanto alienta, de Ti su bien recibe.
Señor ! mi Dios ! mi Padre ! apiádate de mí !

“Ó si te ofendo, hiéreme, pero á mi patria, España,
En tu piedad redime de la hórrida anarquía,
Y vuélvela, benévolo, la paz y la armonía
Para que el orbe atónito su admiración la dé ;

Y de uno al otro polo, cuanto el Oceano baña,
Ame, por el bien que hagan, su nombre y su bandera,
Para que extienda rápida por la poblada esfera,
Con su poder süave, tu redentora fe."

La oculta luna con su rayo opaco
Del Español la forma medio alumbra :
Hernán, llegando entonces, le columbra,
Y párase, escuchando su oración.
Y de su ejemplo y actitud movido,
Detrás del Castellano cae de hinojos,
Y húmedos siente en lágrimas los ojos,
Y eleva á Dios también su corazón.

Gonzalo, en tanto, atribulado y mudo,
Cruza los brazos sobre el ancho pecho,
Y lanza una mirada de despecho
Hacia la negra y honda cavidad.
Absorto sobre el borde del abismo,
Á la luz del relámpago sombría
El genio de la noche parecía,
Viendo á sus pies rodar la tempestad.

—Gonzalo!—exclama Hernán.—Señor!—
Volviendo el otro atónito la frente, [contesta,
Y arrodillado orillas del torrente
Se encuentra cara á cara con Hernán.
El uno frente al otro, sorprendidos,
De hinojos ambos sobre el frío suelo,
Bajo el oscuro pabellón del cielo,
Mudos como dos árboles están.

Míranse de hito en hito, sin hablarse,
En solemne y simpático reposo,
Y de amistad un pacto generoso
Forma el silencio, intérprete á los dos.
La gratitud le dicta, el cielo le oye,
Le alumbra el rayo, le celebra el trueno,
Y viendo que es magnánimo y que es bueno,
Le bendice el Espíritu de Dios.

Así hablan luégo :

HERNÁN.

Por piedad, amigo,
Perdona . . . te he injuriado . . . sí . . . mi
Mas no mi corazón, te hizo un agravio, [labio,
Cuando de Álvaro al campo te llamé. . . .
Pero . . . ah! traidor te proclamaban todos. . . .
De Álvaro hermano, prófugo, proscrito,
Al verte entre la muerte y el delito,
Pobre de mí! de tu virtud dudé.

Pero ya creo en ella. . . . Ah! tú salvaste
Mi vida en otro tiempo. Hoy has salvado
Mi alma, mi honor. Al verte tan honrado
Y llamarte mi amigo, soy mejor.

GONZALO.

Dios te protege, España! . . . Su estandarte
Juremos defender de los traidores. . . .

HERNÁN.

Y de sus mismos torpes defensores.

GONZALO.
Con lealtad.

HERNÁN.
Con valor.

GONZALO.
Y con honor.

HERNÁN.
Sí, por el Rey, por ella venceremos.

GONZALO.
Ó moriremos mártires.

HERNÁN.
Sí, amigo!

GONZALO.
Vén, generoso Hernán, yo te bendigo!
Hasta en la humanidad ya tengo fe.
Vén! Abrázame, Hernán. Un hombre solo
Á su raza infeliz salva y redime,
Y del oprobio y del baldón la exime
Siempre que Dios un corazón le dé.

HERNÁN.
Basta! basta, Gonzalo. Tus verdugos
Pueden llegar. . . . De la naciente aurora
La tibia luz los horizontes dora. . . .
De la selva apresúrate á salir.

Sólo una senda hay libre. . . . Tu caballo
Está del monte en la vecina orilla. . . .
Qué! lloras? . . . No . . . no enjugues la
[mejilla,
Que no es vergüenza en el varón sentir.

Deja correr la lágrima bendita,
Palabra melancólica del alma:
Corriendo el lloro, el corazón se calma;
El lloro apaga el fuego del dolor. . . .
Presto! á caballo! parte! Ésa es la senda.
Toma á la izquierda, atravesando el río. . . .
¡Líbrete Dios del opresor impío!
¡Sea contigo el brazo del Señor!

Volví dulce la tranquila hora
En que la lluvia, el viento, el trueno, callan,
Y brillan las estrellas, y no hallan
Nube que eclipse su argentada faz.
Ya la luna hacia el fin de su carrera
Iba lenta bajando al horizonte,
Y vertía en la cúspide del monte
Un rayo melancólico de paz.

Hernán, en tanto, desde el alto pico
De un calvo risco, sirve de atalaya:
Ve al proscrito bajar, cruzar la playa,
Y vadear el torrente bramador;
Y—¡adiós!—dice, agitando el blanco manto,
Dos y tres veces, desde la alta cresta;
Y una, dos, y tres veces le contesta
El proscrito infeliz:—Adiós! Adiós!